



Subculturas del Narcotráfico en América Latina:
Realidades geoeconómicas y geopolíticas y
la representación sociocultural de una nueva
ética y estética en Colombia, México y Brasil

*Nelson González Ortega, Compilador.
Universidad de los Andes. Universidad Autónoma de México UNAM.
Universidad de Oslo.*

El fenómeno contemporáneo del narcotráfico –producción, transporte, consumo y prácticas estatales de prohibición y criminalización– de sustancias psicoactivas como la marihuana y la cocaína surge en América Latina, después de la Segunda Guerra Mundial específicamente en la década de 1960, produciendo, desde entonces, profundas implicaciones políticas, económicas sociales, culturales en las sociedades de Latinoamérica y Norteamérica. No obstante, el resurgimiento moderno del tráfico de las sustancias psicoactivas estudiadas en el presente volumen (marihuana, cocaína-Crack y heroína), no debe hacer olvidar al lector de dos hechos fundamentales relacionados con su origen y producción: primero, estas sustancias provienen de plantas (cannabis sativa, hoja de coca y amapola) que son procesadas químicamente para obtener, respectivamente, hachis-aceite de cannabis, cocaína-Crack y heroína y, segundo, que el origen de estas tres plantas alucinógenas se remonta al inicio de las

sociedades tribales de Asia y América. La etimología del vocablo cannabis sativa o “cáñamo” proviene de China. Ciertamente, ya en el año 2737, antes de Cristo, el emperador de China Shen-Nung describió el uso médico de la marihuana en el tratamiento de la malaria y el reumatismo. “El cáñamo de marihuana” también se conoció en la antigua India y en la Península Arábiga. De hecho, en el libro sagrado Zend Avesta escrito por el profeta persa Zoroastro o Zaratustra, como se le conoce en español, aparece una lista de más de 10.000 plantas medicinales y, entre ellas, se nombra la marihuana como uno de los mejores remedios. Posteriormente, la marihuana (del indú-malihua) fue traída al “Nuevo Mundo” por los españoles aproximadamente en 1545, propagándose su uso como medicina y alucinógeno en el resto de Latinoamérica y en Estados Unidos. Paralelamente, el cultivo del arbusto de coca (Erythroxylum) se inició en la región occidental de Los Andes, comenzando su consumo hace unos 2000

años, cuando los incas del Perú masticaban las hojas de la planta de coca en las ceremonias religiosas. Desde entonces, se desarrolló el cultivo privado y estatal de la planta de coca y se usó la hoja de coca en el comercio ancestral como “papel moneda” en el pago diario de productos y en el pago de impuesto por parte de cultivadores y campesinos al Estado Inca. El uso ancestral y ritual de la planta de coca por los campesinos andinos se desarrolló libremente y sin intervención del Estado hasta finales del siglo XIX. Pero ya en la década de 1850, se aisló químicamente el alcaloide activo (cocaine) de las hojas de coca y se produjo, por primera vez, la cocaína en forma de pasta o polvo de cocaína (cf. capítulo, 1, sección 3; capítulo 2, sección 3, en el presente volumen).

A principios del siglo XX, por presión política y económica de Estados Unidos, se empezó a criminalizar en Latinoamérica y en el mundo el uso y la producción de cocaína, siendo en 1914 clasificada como

un narcótico en Estados Unidos. Aunque el hábito de inhalar cocaína comenzó alrededor de 1900, su uso se difundió poco en Europa y en EE.UU. hasta mediados del siglo XX, cuando su producción y consumo ilegal aumentó tanto en el continente americano y en el mundo entero, hasta convertirse hoy en la droga más usada internacionalmente. En efecto, no fue hasta después de la segunda guerra mundial y, sobretudo, durante la década de 1960 que el cultivo, tráfico y consumo de cocaína se convirtió en objeto de amplio consumo en grandes ciudades de Latinoamérica, Estados Unidos y Europa, como La Habana, Buenos Aires, Miami, Nueva York, Los Ángeles, Chicago, Boston, París, Londres y Berlín. En la década de 1970, el cultivo de la hoja de coca y la producción química, a gran escala, pasa de Bolivia y Perú a Colombia y desde entonces, más del 80 por ciento del tráfico de cocaína en el mundo empezó a ser controlado por empresas globales de narcotraficantes de países latinoamericanos. En el año 2014, Perú es el mayor

productor (no exportador, ni consumidor) de hoja de coca en el mundo; Perú y Colombia, los mayores procesadores de cocaína; Colombia, Brasil, Argentina y México sus mayores exportadores; y Estados Unidos y Europa, sus mayores consumidores (cf. capítulo 1, 4, 7, en el presente volumen). Es de notar que desde la década de 1980, el uso de la cocaína aumentó y se modificó, de forma pronunciada en los Estados Unidos, pasando su uso de los estratos socioeconómicos medios y superiores a los estratos sociales urbanos más bajos que prefieren consumir Crack, el derivado o subproducto de la cocaína, en forma de base libre, que se puede fumar, ofreciendo a los consumidores un breve pero intenso efecto (cf. capítulo 7, en el presente volumen). A principios del siglo XXI, se nota una tendencia, sobretudo por parte de investigadores norteamericanos y por los poderosos medios de comunicación estadounidenses, de estigmatizar a Latinoamérica como zona originaria del “problema de las drogas”, ignorando que, precisamente, en Estados

Unidos es donde se consume la mayor cantidad de cocaína en el mundo, lo cual convierte a dicho país en un actor central del multifacético fenómeno del narcotráfico (cf. capítulos 1, 2, 4 en el presente volumen).

La hoja de la amapola (Papaveroideae / Papaveraceae) es otra de las plantas con efectos psicoactivos. La amapola o “adormidera”, en estado crudo, se consume como opio, pero también es producida artificialmente en laboratorios, donde se aíslan sus derivados, los opiáceos, en forma de morfina y heroína (diacetylmorfin, diamorfina). La amapola se cultiva en un cinturón de clima cálido desde los Balcanes hasta el sur de China y es una importante fuente de ingresos para los agricultores y las personas que participan en la cadena de distribución. Como medicina popular, los opiáceos se han utilizado durante miles de años para aliviar el dolor, la diarrea y la tos y también en rituales religiosos orientales.

En la medicina occidental moderna, se utilizan los opioides frecuentemente en el tratamiento del dolor intenso, como el producido por el cáncer y otras enfermedades. A pesar de que su libre comercialización es ilegal y se ha visto severamente penalizada en casi todos los países, su uso en todo el mundo sigue siendo muy extenso en muchos ámbitos sociales, culturales y personales. En Colombia se introdujo el cultivo de la amapola y su producción química en heroína a principios de la década de 1990 [cf. capítulo 1, en el presente volumen].

Los múltiples aspectos clínicos, geográficos, económicos, políticos y sociales esbozados en el anterior resumen histórico de las sustancias psicotrópicas (cannabis sativa-marihuana, hoja de coca-cocaína-Crack, amapola-heroína), muestran la gran complejidad que implica el estudio del pluriforme fenómeno del narcotráfico. Por lo tanto,

reunir en un solo tomo aspectos centrales de la variada realidad y de la vistosa forma de vida y de consumo que el narcotráfico ha instaurado en las sociedades latinoamericanas de hoy, ha sido un desafío para los investigadores en la escritura de sus ensayos de economía histórica, ciencia política, sociología, literatura, comunicación social, imaginarios urbanos, estudios de América Latina y para el novelista mexicano que también contribuyó con su ensayo de crítica literaria a la realización del presente volumen. Esta antología crítica está compuesta tanto por estudios específicos de caso [cf. Colombia, capítulos 1, 2, 3; México capítulo 6; Brasil capítulos 7, 8] como por estudios generales de región [cf. Colombia, México y Brasil, capítulo 4; México y Centroamérica, capítulo 5; América Latina, capítulo 8]. Este libro implica un intento de re-pensar aspectos centrales del multifacético fenómeno del narcotráfico desde perspectivas reales derivadas de la geopolítica y geoeconomía de

las tres Américas y desde perspectivas simbólicas de representación social en América Latina. Perspectivas que conjuntamente apuntan al avance de las subculturas derivadas del narcotráfico en las sociedades latinoamericanas y al consecuente surgimiento de una permisiva ética de trabajo, así como de intrigantes formas de expresión cultural reunidas aquí para su estudio bajo el concepto de “estética-narco”. En efecto, la irrupción, en las últimas cuatro décadas, principalmente, en Colombia, México y Brasil --y entre norteamericanos de origen mexicano residentes en Estados Unidos-- de nuevas prácticas económicas y costumbres socioculturales derivadas del narcotráfico, antes consideradas ilegales, marginales, o de “mal gusto”, pero hoy en proceso de aceptación social y estatal, es una certificación reveladora de la nueva actitud de los ciudadanos (¿emergencia de un nuevo paradigma?) hacia el narcotráfico y la “cultura-narco” en América Latina.

Los estudios publicados en este volumen presentan diversos enfoques teóricos y convocan perspectivas heterogéneas en el deseo autorial nuestro de responder a cuestiones relacionadas con la producción, transporte, consumo, prohibición-criminalización y, además, con actitudes ciudadanas en América Latina hacia la marihuana, cocaína, Crack y heroína y su re-presentación social en la literatura, el periodismo, la televisión, el cine, la arquitectura, la religión y la música de la región. En la actualidad, estos temas suscitan gran interés en el público en general y en los investigadores sociales de Colombia, México y Brasil, cuyas economías y población, por ser las más poderosas y las más grandes de América Latina, resultan altamente representativas de las realidades políticas, socioeconómicas y culturales de toda la región. En el primer capítulo, “La coca y las economías exportadoras de América Latina: el paradigma colombiano”, Hermes Tovar Pinzón estudia, desde la perspectiva de la economía, el

papel que ha desempeñado la coca-cocaína en los modernos procesos sociales de transformación económica, política, y social que se desencadenaron en Colombia y América Latina desde hace medio siglo. En este ensayo se destaca el análisis histórico-económico de la relación de los diversos ciclos cortos de producción/exportación de materias primas (el tabaco, la quina y el añil colombiano, el guano peruano, el caucho boliviano) con el “boom” de la cocaína y su consumo y exportación en y desde Colombia y Suramérica al mundo entero, así como también las relaciones de poder económico, en Colombia, entre empresarios y campesinos que participan en la cadena de cultivo, exportación y consumo de dichas materias primas y de la coca y la amapola. El autor traza tres ciclos socioeconómicos: el ciclo de origen y permisividad (1965-1968) en la producción, consumo y exportación de marihuana y cocaína en Colombia y Estados Unidos; el ciclo de la consolidación y auge (1985-2005); y el ciclo de

desencanto o decadencia (2006-al presente) en el cultivo y comercialización de marihuana y coca-cocaína.

En el segundo capítulo, “Realidades y representaciones de la subcultura del narcotráfico en Colombia: ¿origen de una nueva ética y estética latinoamericana?”, de mi autoría, se hace, desde la perspectiva de las ciencias sociales y de la literatura, un análisis comparado entre datos históricos y sociológicos sobre los actores y factores que intervienen en el origen, transporte y exportación de la marihuana y la cocaína y datos temáticos similares provenientes de populares novelas colombianas contemporáneas. Se demuestra: a) que existe una intrigante relación entre los temas y discursos de la historia y la investigación social que plasman la realidad económica, política, social del narcotráfico en y desde Colombia a Estados Unidos y la representación en novelas del conflicto colombiano en el que surge el narcotráfico; b) que

los factores socioeconómicos y los actores del tráfico de marihuana y cocaína en Colombia existen en la realidad y aparecen también en novelas de México y otros países latinoamericanos; c) que en Colombia y el resto del continente americano, desde hace unas dos décadas y por influencia de grandes capitales del narcotráfico que irrigan las economías de la región, ha emergido y se ha consolidado una nueva ética de permisividad y corrupción en el trabajo y las relaciones sociales que se establecen entre ciudadanos, empresas e instituciones estatales; y d) que, paralelamente a esta nueva ética laboral, ha surgido entre millones de colombianos, latinoamericanos y norteamericanos de origen mexicano, nuevas modalidades de expresión social (cf. en novelas, periódicos, televisión, cine, arquitectura, religión y música) que, por representar la temeraria y ostentosa formas de vivir, consumir y morir de poderosos narcotraficantes nacionales y extranjeros, se denomina en este y otros capítulos del libro “estética-narco”.

En el capítulo tres, “Fantasmas del narcotráfico. De la novela a la telenovela: representación de los imaginarios socio-urbanos en Colombia”, el investigador de imaginarios de ciudades latinoamericanas, Armando Silva, estudia la dimensión narco en la cultura audiovisual colombiana, concentrándose en el análisis de personajes, temas y visiones del mundo de los narcotraficantes que han aparecido en las populares series de televisión colombiana difundidas en Latinoamérica y Estados Unidos en las dos últimas décadas y examina las reacciones de televidentes colombianos hacia el contenido de violencia y narcotráfico de esas series y las controversias de orden ético que han suscitado hoy en Colombia. El análisis del contenido de los medios audiovisuales en Colombia conduce a Silva a tres planteamientos sobresalientes. Primero, que en Colombia y México se ha inventado en televisión y en cine un nuevo “género-narco” de alcance internacional, como lo fue en Estados Unidos el Western que

recreaba, de modo semejante a los filmes-narco de hoy, las violentas y apasionantes hazañas de héroes/Cowboys, justicieros y hasta criminales en la conquista de territorios, en sus venganzas a mano armada y en sus borracheras de whisky. El segundo, que, debido a que en el exterior se ha estereotipado al colombiano como narcotraficante o mafioso, la industria de cine de Colombia ha sacado provecho de dicho estereotipo y ha vendido, como cultura, la imagen estereotipada del narcotraficante como justiciero y matón que apela popularmente a muchos colombianos y latinoamericanos. El tercero, que el gusto de los colombianos en los últimos años no “se ha narcotizado”, sino más bien “ha expresado” una estética popular caracterizada por el exceso, la ostentación y el ávido consumo.

En el capítulo cuatro, “Tráfico de drogas, corrupción y violencia. Tres experiencias latinoamericanas: Colombia, México y Brasil”, Carlos Antonio Flores Pérez

traza panorámicamente, desde la ciencia política, las condiciones el tráfico de drogas psicoactivas ilegales en y entre estos tres países, destacando sus similitudes y divergencias, como una constante central en la generación de violencia dentro de sus territorios y su prohibición / criminalización tanto por los Estados Unidos como por esos tres países latinoamericanos. El autor parte de seis premisas de investigación: a) el surgimiento del paradigma prohibicionista y las relaciones entre Latinoamérica y Estados Unidos; b) el desarrollo histórico del tráfico de drogas en estos países; c) las interacciones entre los actores sociales del tráfico de drogas y el Estado en los casos de referencia; d) los rasgos específicos de la violencia presente en esas naciones; y e) algunas cuestiones relativas a la subcultura de la violencia asociada al narcotráfico que se ha arraigado en sus sociedades. Según Flores Pérez la violencia masiva vinculada al fenómeno del tráfico de drogas no puede entenderse sin los efectos derivados de una política de poder hegemónico

diseñada desde su origen a paliar intereses políticos domésticos de la potencia hemisférica que transfiere la mayor parte de costos de sangre e inestabilidad política y social a los eslabones más débiles de la cadena comercial de las drogas. Asimismo que, sin eximir de responsabilidad a las élites del poder político, económico ni a las precarias estructuras de seguridad, desigualdad e ilegalidad presentes en las ciudades y en regiones rurales de Brasil, Colombia y México, estas naciones son satanizadas unilateralmente por los potentes medios de comunicación de Estados Unidos y Europa como los responsables preferentes del fenómeno del narcotráfico que no se inició ni se definió exclusivamente dentro de sus propias fronteras latinoamericanas, sino también en Estados Unidos. Flores Pérez plantea que Estados Unidos, como potencia hegemónica, impone sus políticas y leyes punitivas como instrumento de presión sobre los países y actores más débiles de la cadena del tráfico internacional de drogas. Mecanismo de

presión subordinado a otros intereses de orden geopolítico que la potencia hegemónica considera prioritarios dentro y fuera de su territorio. El autor propone que el desequilibrio socioeconómico que provoca el narcotráfico en el orden internacional y nacional, lleva a que en países como México, Colombia y Brasil, el discurso oficial contra las drogas tienda un velo de cobertura a fortunas mal habidas, a riquezas inexplicables, a cargos políticos obtenidos con financiamientos ilegales y a carreras burocráticas desarrolladas a partir de la aplicación selectiva de la ley y la protección o tolerancia cómplice hacia el narcotráfico.

En el capítulo cinco, “La violencia del narcotráfico en México y Centroamérica y las principales rutas de transporte de la marihuana y la cocaína hacia Estados Unidos” de María Eugenia de la O Martínez se indaga cómo en México, en pocos años, se ha ido conformando una economía del narcotráfico cuyas

acciones se basan en el ejercicio de la violencia, la corrupción, actividades ilícitas y la conformación de un poder análogo y paralelo al del Estado, ya que las actividades del narcotráfico afectan cuatro campos de poder tradicionalmente ligados al Estado: el político, el económico, el social y el militar. En este contexto varias generaciones de jóvenes han crecido; unos como hijos de padres desaparecidos en el marco de una guerra contra el narcotráfico, otros como víctimas de la tortura, el secuestro y el desplazamiento de sus hogares debido a la violencia, y otros tantos, han sido forzados a unirse a las filas del narcotráfico para salvaguardar sus vidas. La investigadora social explica cómo opera el narcotráfico en México y sus principales impactos en la sociedad, desde tres acercamientos críticos. En el primero, traza el origen y desarrollo de los principales grupos del narcotráfico (carteles) en México desde 1950 al presente. En el segundo expone cómo funciona el tráfico de drogas en México y sus rutas de expansión desde Centroamérica al

resto del mundo, dentro del marco de las políticas de seguridad nacional y militarización del país en los últimos años. En el tercero se discute, entre otros puntos, que el negocio de las drogas ilegales en México se transnacionalizó, en los niveles de producción, distribución y consumo, resultando insuficientes las estrategias estatales de contención en las fronteras nacionales. Como consecuencia, la estrategia armada, promovida por el gobierno de México en los últimos años, ha sido insuficiente tanto para contrarrestar el poder de los cárteles como para implementar políticas integrales que incluyan el bienestar social, como estrategia para prevenir y disminuir el narcotráfico en México.

En el sexto capítulo “La adjetivación de la violencia del narcotráfico en la cultura de México: religión, arquitectura, música, novela y periodismo” de Elmer Mendoza y María Eugenia de la O. Martínez, el novelista y la investigadora social plantean que, dado que el

narcotráfico es un negocio transnacional con impactos económicos y políticos e importantes articulaciones en los estratos populares a través de la llamada “narco-cultura” en sus manifestaciones religiosa, musical, arquitectónica, novelística y periodística, la narco-cultura, representa un puente entre un Estado negligente, las condiciones de pobreza de la población y el deseo de algunos de democratizar el consumo de marihuana y otras sustancias ilícitas. Los dos autores argumentan que la búsqueda, especialmente por los jóvenes, por una protección estatal efectiva y por alternativas de expresión cultural ha resultado en la fragmentación social y en el traslape de una sociedad que vive valores tradicionales pero bajo condiciones de violencia, lo cual se refleja en las letras de los narcocorridos y en los imaginarios colectivos sobre los narcotraficantes. La interpretación musical de la vida temeraria y aventurera de los narcotraficantes que hacen los narcocorridos ha dado origen a expresiones estéticas de religiosidad popular y a la presencia de

nuevos actores como son los sicarios, los corridistas, las buchonas, los judiciales, los políticos, los halcones y los santos populares. El narcotráfico, por tanto, declaran los autores sigue hoy presente en numerosas regiones de México y ha afectado social y políticamente a varios Estados nacionales y a sus poblaciones, por tratarse de un fenómeno intenso, en transformación continua, cuya materialización se articula en los ámbitos económico y político, pero también en el simbólico y cultural, especialmente, en la novelística mexicana contemporánea. En la segunda parte del ensayo, el conocido novelista mexicano, Elmer Mendoza, desde perspectivas literarias de crítica social, encara la violencia como tema narrativo, lo que muestra la delgada línea que existe entre la ficción y la realidad. La exposición de la voz narrativa de sus personajes, en ocasiones violentos y marginales, pero también emotivos, rescata las inquietudes que comparten los científicos sociales sobre la violencia que se vive hoy en México por causa del narcotráfico.

En el séptimo capítulo “Del surgimiento a la explosión de la distribución y consumo del Crack en Brasil, el comunicador social Mozahir Salomão Bruck muestra, a través de datos y estadísticas oficiales, una imagen actual de la distribución y consumo del Crack en Brasil que, en apenas dos décadas, se estableció en todos los municipios brasileños, imponiendo situaciones de empobrecimiento y degeneración de los usuarios, fracturas de los grupos familiares, aumento de la criminalidad violenta en algunas ciudades y una perplejidad del Estado brasileño – en los niveles municipal, estadual y federal– con respecto a cómo evitar la expansión de la droga, cómo combatir a los traficantes y cómo acoger y tratar a los usuarios. Este estudio se realizó en una de las grandes ciudades de Brasil (Belo Horizonte, Minas Gerais) y se centra en la distribución, venta y consumo de Crack en estos dos centros urbanos. Salomão Bruck arguye que pese a que los especialistas han señalado la necesidad imperiosa de implementar planes de prevención como

la ampliación de cobertura del sistema educativo, de asistencia social o de salud pública para las personas menos favorecidas económicamente, las acciones de política pública se han limitado a la represión más que a la prevención del consumo ilícito del Crack.

El autor puntualiza que dado que los sistemas de gestión pública brasileños se encuentran desarticulados, inclusive, en municipios pequeños, el crimen llega antes que las acciones del Estado a los barrios marginales o favelas del Brasil, a pesar de que el Estado brasileño ha intentado ampliar las redes de asistencia a los usuarios e implementar políticas de prevención y combate a las drogas ilícitas. No obstante, declara el autor, que se debe reconocer que los puntos centrales de las discusiones estatales --que no incluyen el debate público-- giran en torno a la autodeterminación de los individuos con relación a sus decisiones sobre consumo de drogas ilícitas; a la defensa de la descriminalización del uso de este tipo

de sustancias; y a la urgente adopción de medidas para disminuir los daños causados a los usuarios, ya que las drogas generan efectos sociales negativos desconocidos por las instituciones de política pública.

En el octavo capítulo “Claridades y sombras de la presentación periodística del consumo de Crack en el Brasil”, Mozahir Salomão Bruck analiza la cobertura realizada por el periódico Estado de Minas sobre la presencia del Crack en Belo Horizonte, capital del Estado de Minas Gerais en Brasil en el período entre 1996 y 2011 y comprueba su hipótesis de trabajo, al afirmar que dicha cobertura periodística sobre los efectos del Crack, sus ramificaciones socioeconómicas y sus políticas oficiales, no sólo refuerza, de modo sesgado, los juicios y estereotipos sobre el Crack y sus usuarios, sino también oscurece el tema, en lugar de contribuir a su mejor comprensión y discusión. El autor informa que debido a que el discurso de la prensa tiende a caer en descripciones míticas o

sensacionalistas en detrimento de una descripción que aclare los verdaderos efectos que el Crack produce en los usuarios y los riesgos a los que se exponen sus familiares y la sociedad, la información periodística sobre el submundo del Crack debería ser presentada en los periódicos de forma relativa, evitando generalizaciones. Destaca también que la cobertura periodística del tema del Crack presenta, de forma paralela, discusiones y debates constructivos, junto a alusiones supersticiosas que terminan distanciándose de los propios hechos. De ese modo, el Crack es categorizado como un actor social dotado de poderes devastadores. Salomão Bruck declara que la representación periodística del tema del Crack, como un fenómeno que agrupa varios aspectos y diversas ramificaciones sociales y culturales tiende a generar visiones variables que van desde percepciones sensacionalistas y míticas, hasta descripciones objetivas e inclusive, de reflexión.

En el ensayo final de este libro, Benedicte Bull examina, desde una perspectiva crítico-social, comparativista y panorámica de América Latina, los retos que presenta el avance o el retroceso, la apertura o el cierre de políticas estatales, regionales y continentales sobre la producción, prohibición, penalización y consumo de sustancias psicoactivas como la marihuana, la cocaína, el Crack y la heroína en las tres Américas, así como también los retos que le plantean al ciudadano común latinoamericano, el auge que las representaciones sociales y simbólicas del narcotráfico está teniendo en Latinoamérica. En especial, la adopción entre un número creciente de latinoamericanos tanto de una ética de trabajo corrupta y cuasi-legal como de una “estética-narco” que -por imitación/idealización de la forma de vida temeraria y ostentosa del narcotraficante- acepta con tolerancia y beneplácito el dinero “lavado” que invierte el narcotráfico en empresas multimillonarias y en el consumo ávido de objetos sociales y culturales (edificios, casas, carros,

vestuario, música y películas), debido a que dicho consumo, más cuantitativo que cualitativo, los lleva a identificarse con “el éxito económico” alcanzado por los narcotraficantes.

Uno de los resultados generales de la investigación sobre el fenómeno del narcotráfico realizado en este volumen es haber identificado, mediante datos científicos e indagaciones socioculturales, que entre los países de economía más fuerte y mayor densidad de población de Latinoamérica (Colombia, México y Brasil) se ha dado a fines del siglo XX una incesante interculturalidad o interacción de discursos cuasi-legales o semi-aceptados que provienen de la economía, la política, la literatura, el periodismo, la televisión, el cine, la arquitectura, la religión y la música, lo cual permite plantear la hipótesis de que en América Latina hoy se está instaurando un modelo estatal permisivo y una actitud social tolerante hacia el fenómeno del

narcotráfico que está penetrando todo el tejido socioeconómico y cultural de la región.

El lector informado y el estudioso del fenómeno político, económico y sociocultural que encierran las denominadas aquí “subculturas del narcotráfico” en el continente americano hallará en este volumen planteamientos polémicos sobre el surgimiento y consolidación del narcotráfico y sobre sus repercusiones socioeconómicas y culturales en América Latina, reflejadas tanto en la emisión de controversiales políticas regionales, nacionales y transnacionales relacionadas al narcotráfico, como en sus representaciones socioculturales en la literatura,

el periodismo, la televisión, el cine, la arquitectura, la religión y la música. Estas representaciones sociales por ser innovadoras, audaces y excesivas, se han vuelto extremadamente populares hoy en América Latina. Es, pues, nuestro deseo que los lectores del presente volumen hallen una gran diversidad de perspectivas sobre el fenómeno del narcotráfico en América Latina que puedan suscitar nuevas lecturas y la realización de estudios originales sobre el discutible, pero a la vez, intrigante fenómeno dual del creciente uso de sustancias aditivas en nuestra sociedad contemporánea transnacional y el avance de las subculturas del narcotráfico en las tres Américas y sus implicaciones éticas y estéticas.

